

ЧЕЛОВЕК В КОСМОСЕ!

КАПИТАН ПЕРВОГО ЗВЕЗДОЛЕТА—НАШ, СОВЕТСКИЙ!

ПРЫЖОК ВО ВСЕЛЕННУЮ

Великая победа
разума и труда

МИР РУКОПЛЕЩЕТ

ЮРИЮ ГАГАРИНУ

Seix Barral

Lara Prescott

Los secretos
que guardamos

ПРОЛЕТАРИИ ВСЕХ СТРАН,
СОЕДИНЯЙТЕСЬ!

ПОЛЬСКАЯ
ВДА

1961 г.

Цена 2 коп.

годам Советского Союза!
ам всех стран!

ому человечеству!

ЕНИ Е

Президиума Верховного
ва Советского Союза

спутник Земли, первым поправил время.

LOS SECRETOS QUE GUARDAMOS

La lucha de dos mujeres por dar a conocer *El doctor Zhivago*,
la novela que se convirtió en la mejor arma
de propaganda durante la guerra fría.



Seix Barral

COLECCIÓN FORMENTOR

ISBN 978-84-322-3630-3

432 PÁGINAS

PRECIO: 21,00 €

TRADUCCIÓN DE AURORA ECHEVARRÍA

DISEÑO DE SYLVIA SANS BASSAT

FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA: © MATTHEW PRESCOTT

UNA NOVELA SOBRE EL PODER DE LA LITERATURA

Los secretos que guardamos encierra muchas historias dentro de sus páginas: de la Rusia de Stalin al Washington de los años cincuenta, Lara Prescott despliega su talento narrativo para ofrecernos la fascinante historia real de un libro que se convirtió en un arma poderosa, temida y codiciada a partes iguales, y la de un poeta que jamás soñó que sus palabras se convertirían en el motivo de una misión de espionaje que influiría en el curso de la guerra fría.

De la mano de tres mujeres valientes que luchan por abrirse paso en un mundo de hombres, nos adentramos en una novela brillante que arroja luz sobre un periodo oscuro de la Historia: la vida bajo el totalitarismo y el abuso de poder.

Pero esta novela es mucho más que el relato real de la publicación de *El doctor Zhivago*: amor y dolor, valor y miedo, lealtad y traición..., todo está dentro de la vibrante historia de una mecanógrafa que desafió al corazón del Kremlin y de un escritor que no dejó que la obra a la que había dedicado su vida quedara oculta por la sinrazón.

La ficción presta un rostro y un nombre a quienes trabajaban para la inteligencia norteamericana y, por razones obvias, no pueden estar en esta novela con su identidad real. Los espías —Irina, Sally, Teddy— y el equipo de mecanógrafas han sido recreados por la autora para que representen a quienes trabajaron en esta misión.

Los secretos que guardamos es una novela sobre el poder de la literatura que defiende el papel del arte y las palabras en la búsqueda de la democracia y de la libertad. Una novela que cautivará a los lectores más exigentes y tocará el corazón de quienes quieren acercarse a una buena historia.



LA HISTORIA DE UN LIBRO QUE SE CONVIRTIÓ EN UN ARMA

UN POETA EN LAS NUBES

BORÍS LEONÍDOVICH PASTERNAK nació en Moscú en 1890, hijo de un pintor y una pianista que emigraron a Alemania en 1921. Escribía versos desde muy joven y con la Revolución Rusa su fama creció hasta convertirse en uno de los más grandes poetas rusos. Admirado por muchos y aclamado cada vez que aparecía en público, llenaba teatros y la gente se sabía sus poemas de memoria; si el poeta hacía una pausa cuando estaba recitando, el público completaba los versos que faltaban. Trabajó como bibliotecario y como traductor, vertiendo al ruso las obras de Shakespeare o el *Fausto* de Goethe.

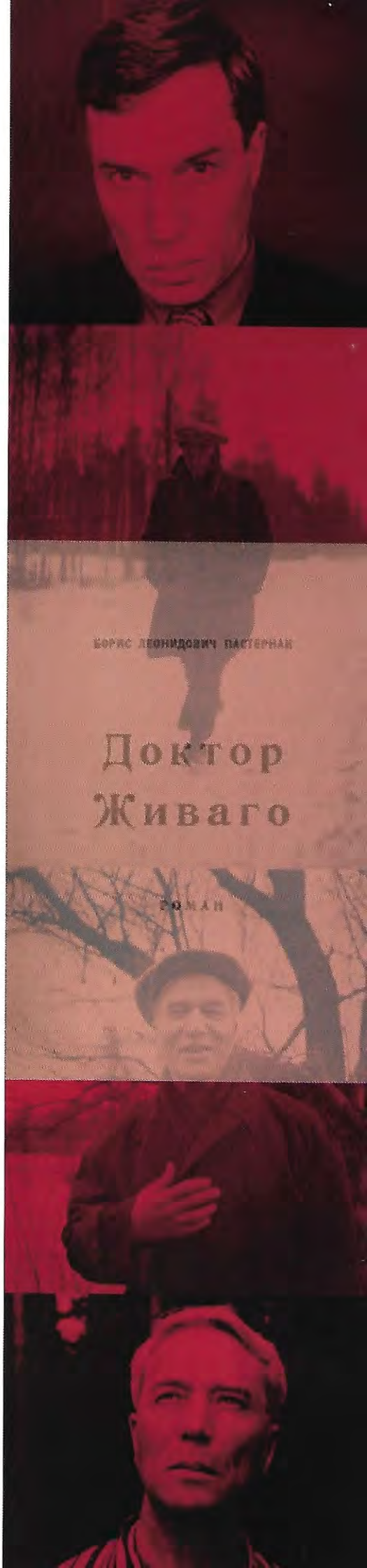
Casado con Zinaída Nikolaevna Neigauz, Pasternak mantenía una relación con Olga Vsévolodovna Ivinskaya, a quien conoció en 1946. Olga fue su amante, su secretaria, su agente, su defensora y estuvieron juntos hasta la muerte del escritor en 1960. También fue quien sufrió las represalias que el Estado no pudo adoptar contra él, protegido como estaba por la vigilancia de la comunidad internacional.

EL DOCTOR ZHIVAGO

Un amor imposible, el de Yuri Zhivago y Lara Antípova, es la excusa de Borís Pasternak para narrar la historia de su país durante las primeras décadas del siglo xx. Los convulsos años de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa envuelven una trágica historia de amor: Yuri, doctor y poeta, y Lara, enfermera, viven los horrores de la contienda mientras su pasión, imposible y prohibida, es cada vez mayor. *Zhivago* comparte etimología con el término ruso utilizado para designar la vida, un simbolismo significativo.

Borís Pasternak dedicó más de una década a escribir su obra maestra. La inolvidable historia de Yuri y Lara empezó a cobrar vida en la pluma de Pasternak hacia 1940 y no estuvo terminada hasta 1955.

Pero Pasternak, que hasta entonces no había tenido que esperar ni un solo día para ver sus obras publicadas, sólo recibió silencios como respuesta a sus envíos. Cuando el Departamento de Cultura del Comité Central se pronunció, anunció que no se ajustaba a sus «cánones culturales»; consideraban que la historia de amor entre los dos protagonistas escondía una fuerte crítica al Estado que no podían permitir.



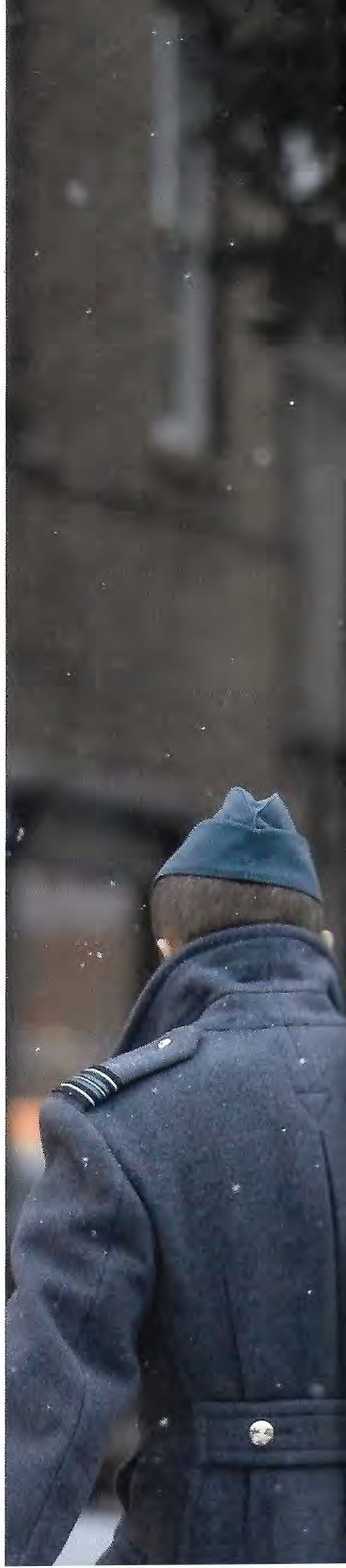
QUE RECORRA EL MUNDO

La existencia del manuscrito había llegado a oídos de Sergio D'Angelo, un joven periodista italiano que había sido librero y ahora traducía los boletines de la sección italiana de Radio Moscú. Una mañana de 1956, D'Angelo, apuesto, vestido con un impecable traje hecho a medida y con sus zapatos italianos de cuero recién lustrados, cogió un tren que lo llevaría de la capital rusa a Peredélkino. Estaba allí para satisfacer la petición de quien le había pedido que hiciera de scout, el *signore* Feltrinelli: «Búscame la próxima *Lolita*». Su misión era, nada menos, encontrar la mejor novela moderna que se hubiera escrito tras el Telón de Acero.

Al llegar a la dacha, encontró a Pasternak trabajando su huerto. Una vez presentado como agente de Feltrinelli, a D'Angelo no le costó mucho convencerlo: Pasternak quería que la obra a la que había dedicado su vida por fin viera la luz. «Que recorra el mundo», dijo el escritor cuando le entregó el manuscrito. Pero Pasternak sabía que eso le iba a traer problemas, pues la ley prohibía que una obra fuera publicada en el extranjero si no lo estaba antes en la URSS. Por eso, cuando se despidió, exclamó: «Están invitados a mi ejecución».

Pocos días después, D'Angelo volaba a Berlín para entregar a Feltrinelli el manuscrito que llevaba escondido envuelto en su pijama. La cautivadora historia de la publicación de una de las novelas más importantes de la historia de la literatura acababa de empezar.

Efectivamente, que Feltrinelli quisiera publicar la novela en Europa trajo muchos problemas a Pasternak, que fue vigilado y amenazado cuando el Gobierno consideró su obra subversiva y herética. Aunque ya había muerto Stalin y Jruschov anunciaba un *deshiello* que no terminaba de llegar, la presión fue asfixiante. Polikárpov, jefe del Departamento de Cultura del Comité Central, exigió al escritor que mandara un telegrama a su editor italiano pidiéndole que le devolviera el manuscrito con el pretexto



de que era un borrador aún sin acabar. Y Pasternak lo hizo: lo que nadie sabía era que había acordado con Feltrinelli que sólo se comunicarían en francés, y le había pedido que no hiciera caso si algo llegaba escrito en ruso con su firma. Nada pudo parar la publicación de *El doctor Zhivago* en Europa: pronto llegaría al resto del mundo.

El doctor Zhivago no sería publicado en la Unión Soviética hasta 1988, con Gorbachov ya en el poder y el país abriéndose con la perestroika. Cuando Jruschov lo leyó, años después de dejar el Kremlin, reconoció haberse equivocado: «No deberíamos haberla prohibido. Tendría que haberla leído. No hay nada antisoviético en ella».

EL PREMIO NOBEL

La Academia Sueca concedió el Premio Nobel a Borís Pasternak en 1958. Premiaba así mucho más que una obra literaria: estaba reconociendo la defensa de la libertad. El escritor, aunque en un primer momento envió un telegrama de respuesta donde afirmaba estar «enormemente agradecido, conmovido, orgulloso, sorprendido, avergonzado», se vio obligado a rechazarlo. El Kremlin había emitido un comunicado diciendo que la novela de Pasternak «presenta la realidad soviética de una manera pervertida, y calumnia la revolución socialista, la causa del socialismo y al pueblo soviético»; el Sindicato de Escritores Soviéticos celebró una reunión extraordinaria para expulsarlo, en la que se declaró que: «Este hombre ha escupido al pueblo en la cara. Ni siquiera un cerdo haría lo que Pasternak ha hecho, porque los cerdos nunca cagan donde comen». A pesar de su rechazo, la Academia no retiró el galardón. En un comunicado, anunció que el hecho de que Pasternak no lo hubiera aceptado no cambiaba en modo alguno la decisión, aunque no tuviera lugar la ceremonia de entrega. En 1989, casi treinta años después de su muerte, su hijo obtuvo la autorización del Kremlin para viajar a Estocolmo y recoger el premio en nombre de su padre.



UNA MISIÓN QUE TRAERÁ LA LIBERTAD

UN LIBRO CONVERTIDO EN ARMA PELIGROSA

Una vez que *El doctor Zhivago* se publicó en Italia, nada pudo parar su expansión por el resto del mundo. La inteligencia estadounidense pronto se hizo con un ejemplar y constató que el libro era un arma muy poderosa que utilizarían para debilitar a su gran enemigo en plena guerra fría.

La CIA había creado la División Rusia Soviética. Entre sus agentes había incorporado a licenciados en letras y estudiosos de las lenguas, intelectuales que creían que los libros podían cambiar la ideología de las personas. En esta ficción, uno de estos personajes es Teddy Helms, el agente que se ocupa de la literatura. A Teddy, los libros le habían salvado la vida. Y por eso estaba convencido de la importancia que tenían la literatura y el arte para extender la democracia, y defendía que el gran arte sólo podía provenir de la verdadera libertad.

La misión de Teddy Helms en la Agencia era escoger libros para explotarlos comercialmente y ayudar a su difusión encubierta. Debía buscar títulos prohibidos por el Gobierno de la Unión Soviética por considerarlos contrarios a los principios del Comité Central o que dejaran en mal lugar al país. En definitiva, libros que hicieran ver a los soviéticos lo irracional de su gobierno.

No pudo encontrar una obra mejor que *El doctor Zhivago* para eso. Según Helms, «los rusos valoraban la literatura tanto como los estadounidenses valoraban la libertad». Si lograba introducir la novela original en la Unión Soviética, los rusos verían que su Gobierno obstaculizaba la creación de sus autores e impedía su reconocimiento a nivel internacional.

SAMIZDAT

Las editoriales en la Unión Soviética estaban fuertemente controladas por el Gobierno. El Departamento de Cultura del Comité Central decidía qué podía publicarse y qué debía prohibirse, siempre de acuerdo con sus «cánones culturales».

Cuando el Gobierno no autorizaba la publicación de una obra, algunos autores hacían un número reducido de copias por medios más o menos rudimentarios —mecanografiándolas varias veces con papel de calco, con pequeñas imprentas manuales...— y los distribuían de forma clandestina. Fue bautizado como *sa-*



mizdat —«publicado por uno mismo», una especie de autoedición—; así vieron la luz *El maestro* y *Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, o algunas obras de Joseph Brodsky (Premio Nobel de Literatura en 1987), y así se publicó una vez prohibido por la censura *Un día en la vida de Iván Denísovich*, del también premio nobel Aleksandr Solzhenitsyn.

A este *samizdat* recurrió la inteligencia norteamericana para difundir la obra maestra de Pasternak.

UN CURA, VARIAS MONJAS Y EL GRAN LIBRO

Una vez que la CIA se hizo con una copia del manuscrito original en ruso, puso en marcha su maquinaria. La Exposición Universal de Bruselas de 1958 estaba a punto de abrir sus puertas y sería una ocasión perfecta para sus planes: Bélgica había concedido quince mil visados de entrada a ciudadanos soviéticos y nada mejor que eso para difundir la novela de Pasternak.

Logró que una editorial holandesa imprimiera 365 ejemplares sin nada que las vinculara a Estados Unidos. Nadie sabría de dónde habrían salido. Varios agentes disfrazados de curas y monjas se ocultaron en el pabellón del Vaticano y pronto repartieron los ejemplares a quienes eran potenciales lectores: bailarines del Bolshói y músicos que habían ido hasta allí para actuar en el pabellón ruso, ingenieros, traductores... gente culta que sabría apreciar lo que tenían entre las manos.

Todos ellos llevaron consigo su ejemplar de regreso a casa. Y muy poco después, *El doctor Zhivago* estaba circulando en el mercado negro y llegando a todos los rincones de Rusia. El país entero cayó cautivado por la historia de Yuri Zhivago y Lara Antípova, y todos estuvieron de acuerdo en que ese sistema supuestamente perfecto en el que vivían estaba acabando con sus creadores, una de sus mayores glorias. Que la Academia Sueca premiara a Pasternak con el Nobel y el Gobierno lo presionara para rechazarlo fue la guinda de un pastel cocinado a fuego lento. La estrategia había funcionado.

UN VIAJE QUE NADIE PUDO PARAR

Tras la Expo 58, llegarían nuevas misiones y, con ellas, *El doctor Zhivago* se extendería aún más y llegaría todavía más lejos. Se harían más ediciones, en formato más pequeño para que se pudiera llevar en el bolsillo y no pudiera ser detectado al registrar los equipajes. La Agencia seguiría infiltrando a sus agentes en eventos internacionales europeos. Ya nada pudo parar el viaje de este libro, que se convirtió en un arma de espionaje, una pieza importante para que, finalmente, la Unión Soviética se abriera y llegara la perestroika.

TRES MUJERES VALIENTES

OLGA VSÉVOLODOVNA IVINSKAYA

Olga Vsévolodovna Ivinskaya fue mucho más que una amante para Borís Pasternak. Desde que se conocieron en 1946, consagró su vida al genio de la literatura: revisaba sus textos, lo aconsejaba, hacía de asistente personal, se ocupaba de la relación con las revistas y editoriales que publicaban sus poemas... Siempre estaba cerca de Pasternak, a quien inspiró el personaje de Lara Antípova.

Olga trabajaba en la revista *Novy Mir* (nueva vida), donde se encargaba de encontrar nuevos autores. Como todo amante de la poesía en Rusia, idolatraba a Pasternak, el poeta vivo más importante del país. Un día que el escritor visitó la redacción, los presentaron: él tenía cincuenta y seis años; ella, veintitrés. La siguiente vez que se vieron, bajo la estatua de Pushkin de la plaza Púshkinskaia, el escritor ruso le tomó la mano y dijo que no había podido dejar de pensar en ella. Fue el principio de una relación que se prolongó hasta la muerte del autor, a pesar de que éste, casado con Zinaída, nunca quiso romper su matrimonio y siguió viviendo en la casa familiar.

Para estar cerca de Pasternak, Olga sacrificó a su propia familia. Su madre la ayudaba con sus hijos Ira y Mitya, a quienes veía menos de lo que debía para estar cerca del escritor. Pero ese sacrificio no fue el mayor que tendría que hacer: Olga fue condenada en dos ocasiones al Gulag por su relación con el poeta. Dado que a él no le podían hacer nada, pues hubiera sido un gran escándalo internacional que habría dejado al Kremlin en muy mal lugar, el Comité Central castigó a su amante como forma de hacerle daño. Pero quien sufrió, quien pasó frío y hambre, quien estuvo reclusa como una delincuente lejos de su familia, fue ella.

La segunda vez que la policía militar la llevó a la Lubianka fue tras la muerte del escritor: la acusaron de haber sido la responsable de la publicación de la novela en el extranjero, a pesar de que no había tenido nada que ver. Pagó con su libertad el amor que le había profesado.



DOS ESPÍAS

Irina Drozdova y Sally Forrester son personajes de ficción, pero muy bien podrían haber existido. Lara Prescott recrea con ellas las mujeres de la Agencia que participaron en esta misión y en tantas otras: recaderas, golondrinas, entrenadoras... fueron indispensables en el desarrollo de muchas misiones que la inteligencia norteamericana desplegó por todo el mundo.

Irina Drozdova

Cuando Irina Drozdova llegaba a casa después del trabajo, se sentaba con su madre para ayudarla a coser los vestidos que arreglaba. Jamás podría haber imaginado la mujer que su hija no era una simple mecanógrafa y que sus habilidades iban mucho más allá de teclear rápido o recoger lo que sus jefes le dictaban en un memorando.

Irina era una rusa nacida en Estados Unidos. Su madre había salido de la Unión Soviética cuando estaba embarazada; el Telón de Acero pronto sería algo más que un rumor y formó parte de la última oleada de emigrantes que dejaban el país antes de que se cerraran las fronteras. Irina no conoció a su padre, que no pudo acompañar a su mujer.

Tras entrar en la Agencia como mecanógrafa, rápidamente se convirtió en una *recadera*. El agente Teddy Helms primero, y Sally Forrester después, la entrenaron para que pudiera traer y llevar paquetes pasando inadvertida. Pero Irina llegaría mucho más lejos: su destreza y su afán por dejar atrás una vida que la ahogaba la llevarían a ser una pieza muy importante en la misión de introducir *El doctor Zhivago* en su país de origen.

Sally Forrester

La primera vez que Sally Forrester entró en la cafetería donde se reunían las mecanógrafas para comer, despertó un gran revuelo: guapa, sofisticada, vestida con ropa estilosa y con una melena pelirroja que llamaba la atención («el tipo de cabello que te invita a pronunciar el color en voz alta»), las chicas no podían dejar de mirarla.

Sally era una vieja conocida de la Agencia. Años atrás había estado en Kandy, Ceilán (hoy Sri Lanka), en una misión de propaganda; allí descubrió su facilidad para convertirse en otra persona: su carrera como espía había comenzado. Tras aquella misión, Sally se había convertido en una *golondrina*: una mujer que utilizaba sus encantos para obtener información.

A punto de empezar la misión con *El doctor Zhivago*, Sally es reclutada de nuevo para entrenar a Irina: deberá enseñarle todo lo que sabe para convertirla en una agente capaz de pasar a la acción, y deberá descubrir si la chica oculta algo tras una inocencia fingida o si su candidez es real.

Secretos oscuros, misiones peligrosas, conflictos personales... Sally estará envuelta en un halo de misterio que la hará más enigmática si cabe.

LAS MECANÓGRAFAS

«Tecleábamos cien palabras por minuto, sin saltarnos jamás una sílaba. Nuestros escritorios, idénticos entre sí, estaban equipados con una máquina de escribir Royal Quiet Deluxe verde pálido, un teléfono de disco y un montón de cuadernos de taquigrafía amarillos. Nuestros dedos volaban sobre el teclado. [...] En ocasiones se olvidaban de que estábamos allí y averiguábamos mucho más: quién intentaba boicotear a quién, quién hacía uso de su poder, quién tenía una aventura, quién estaba dentro y quién fuera. [...]

»Habíamos llegado a la Agencia recién salidas de Radcliffe, Vassar o Smith. Éramos las primeras mujeres con título universitario en nuestras familias. Algunas hablábamos mandarín. Otras sabíamos pilotar aviones. Otras éramos más diestras con un Colt de 1873 que John Wayne. Pero lo único que nos preguntaban en las entrevistas de trabajo era: «¿Sabe escribir a máquina?»».

Estas mujeres, que aparentemente desarrollaban un trabajo menor en el servicio de inteligencia estadounidense, guardaban secretos que hubieran hecho tambalear a más de un Gobierno. Las mecanógrafas formaban un grupo alegre y compartían amistad y

confidencias. Pero su aspecto frívolo y despreocupado contrastaba con su enorme profesionalidad: los memorandos que transcribían contenían información muy sensible que no debían compartir con nadie. Y así lo hacían: podían bromear sobre sus novios, podían cuchichear sobre su forma de vestir o sus peinados a la moda, pero en lo relacionado con el trabajo, sus labios estaban sellados.

Gail, Norma, Judy, Linda o Kathy eran parte del equipo. Mujeres que en sus estudios se habían esforzado el doble que los chicos, que —ingenuas— creían que su trabajo como mecanógrafa sería sólo el primer paso hacia lo que sus compañeros lograban recién salidos de la misma universidad que ellas: un cargo, un despacho, su propia secretaria.

Pero la realidad en la Agencia de los años cincuenta era terca: estarían siempre al servicio de sus compañeros. Y eso que: «A diferencia de los hombres, nosotras guardábamos los secretos».



LA RUSIA DE STALIN

UNA DACHA EN PEREDÉLKINO

En 1934, Stalin quiso recompensar a los escritores más importantes ofreciéndoles un lugar tranquilo donde vivir y crear. En un brindis en casa de Gorki había proclamado que «la producción de almas es más importante que la producción de tanques». Para que pudieran seguir creando obras que harían grande a la Madre Patria, eligió a cincuenta escritores a quienes regaló grandes dachas en Peredélkino, un pequeño pueblo en medio de un bosque de hayas, cedros y abetos situado al sur de Moscú.

Pero este supuesto privilegio no era más que un modo de tenerlos vigilados, pues los escritores, «ingenieros del alma», eran potencialmente peligrosos. Para el escritor Kornéi Chukowski, no hacían sino «envolverlos dentro de una burbuja de comodidades, mientras los rodeaban de una red de espías».

Peredélkino dejó de ser un lugar idílico cuando apareció la policía política de Stalin buscando a escritores que ya no eran leales. En 1938 detuvieron a Boris Pilniak: se lo llevaron de su casa cuando estaba celebrando el tercer cumpleaños de su hijo en una fiesta familiar. Un año más tarde, detuvieron allí a Isaak Babel. Los dos fueron ejecutados y sus dachas fueron rápidamente reasignadas.

LAS PURGAS

El escritorio donde escribe Pasternak «perteneció a Titsian Tabidze, el gran poeta y apreciado amigo georgiano. En el año 1937, en el punto álgido de las purgas, se llevaron a Titsian de su casa una tarde de otoño. Su esposa, Nina, había salido descalza a la calle y corrido detrás del coche negro. [...] Titsian no fue el primero de los amigos de Borís al que se llevaron. Él, a menudo, se los imagina cuando no puede conciliar el sueño por la noche y, uno por



uno, repasa sus destinos. Ahí están: Ósip, temblando en un campo de tránsito, sabiendo que el final está cerca; Paolo, subiendo los escalones del Sindicato de Escritores y deteniéndose un momento antes de llevarse un arma a la sien, y Marina, atando la soga y colgándola de una viga del techo».

Durante los años treinta tuvo lugar la Gran Purga, también conocida como el Gran Terror. Miles de personas fueron perseguidas por un gobierno represor que quería limpiar el país de todo aquel que fuera considerado desleal. Los más afortunados fueron condenados al Gulag; más de setecientos cincuenta mil ciudadanos fueron ejecutados.

Los escritores eran objetivo prioritario de Stalin y el Politburó: tras juzgarlos en procesos que apenas duraban quince minutos, eran condenados a los campos, donde muchos de ellos murieron en condiciones infrahumanas, o fueron asesinados; otros, como Tsvetaieva, se suicidaron en el destierro al que los habían condenado. Los escritores que consiguieron salvarse, vivieron condenados al ostracismo o escondidos el resto de su vida.

EL GULAG

«... nos ordenaron que nos quitáramos la ropa. Nos quedamos de pie, tiritando desnudas, mientras ellas nos pasaban los dedos por el cabello, por el cuerpo, nos levantaban los brazos o nos miraban debajo de los pechos. [...] Mi primer día en los campos, la tierra estaba dura y congelada, y la azada pesaba demasiado para poder levantarla por encima de la cintura. En menos de media hora tenía las manos llenas de ampollas. Empleé todas mis fuerzas para perforar el suelo, apenas una ranura del ancho de un dedo. La mujer que tenía al lado tuvo más suerte, pues le habían dado una pala que podía clavar en el suelo apoyando todo su peso en ella. Yo sólo tenía una azada y unos cuantos metros cúbicos de tierra que debía remover para que me dieran mi ración del día.



»El primer día de rehabilitación no comí nada.
»El segundo día volví a quedarme en ayunas.
»El tercero no logré hacer más que unas pocas marcas en el suelo, por lo que me negaron de nuevo mi ración.»

El Gulag era un acrónimo de la Dirección General de Campos de Trabajo. Gestionaba una red de lugares inhóspitos donde enviaban a realizar trabajos forzados a quienes consideraban peligrosos para el Estado. Por supuesto, los presos políticos lo eran.

Las condiciones en las que estaban los presos eran penosas: apenas comían, trabajaban a la intemperie bajo cero en invierno y con altas temperaturas en verano, rodeados de suciedad y de miseria. Más de un millón y medio de personas fueron condenadas a los campos, muchas murieron en ellos.

LA GUERRA FRÍA

Los secretos que guardamos transcurre en plena guerra fría, una época en la que todo parecía a punto de suceder: el mundo se tambaleaba, la incertidumbre se infiltraba en todas las esferas y la paz alcanzada tras el conflicto bélico no parecía duradera.

La guerra fría supuso un enfrentamiento ideológico, económico y político. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la URSS, países que habían sido socios para hacer frente a Hitler, se situaron en posiciones contrarias: en un bando el Bloque de Occidente, liderado por Estados Unidos; en el otro, la Unión Soviética. Capitalismo contra comunismo. Cada bloque creó sus alianzas y trató de demostrar su superioridad frente al enemigo. No hubo ningún ataque directo, pero la tensión era palpable.

El Telón de Acero, como lo bautizó Churchill, separaba los dos bloques. Una frontera ideológica que era mucho más difícil de franquear que las físicas.

El doctor Zhivago viajó de Moscú a Berlín cruzando el Telón de Acero en su viaje de ida, y de Bruselas a la Unión Soviética en su regreso. Ninguna frontera pudo frenar el viaje de este libro tan importante en la batalla ideológica.



LA CARRERA ESPACIAL

Además de ser un enfrentamiento político y de ideas, la guerra fría se libraba en el espacio. Los dos bloques querían encabezar la carrera espacial, demostrar que ellos lideraban la batalla científica y tecnológica. En 1958, la URSS mandó al espacio al *Sputnik* y eso conmocionó a la sociedad estadounidense, que vio cómo le tomaban la delantera.

La prensa dio cuenta del nerviosismo que se instaló entre la sociedad: «Las noticias que corrieron durante el fin de semana fueron de lo exagerado («¡Rusia gana!») a lo absurdo («¿El fin de los tiempos?»), pasando por lo práctico («¿Cuándo caerá el *Sputnik*?») y lo político («¿Qué hará Ike?»)».

Las mecanógrafas de la Agencia vivieron el lanzamiento tan impresionadas como el que más. La idea de tener algo dando vueltas en el espacio por encima de sus cabezas, y que ese *algo* lo hubieran enviado los soviéticos, revolucionó a estas mujeres, las cuales intuían la gestación de un secreto aún mayor que los que habitualmente guardaban.





LARA PRESCOTT es escritora. Sus relatos han aparecido en medios como *The Southern Review*, *The Hudson Review*, *Crazyhorse*, *Day One* y *Tin House Flash Fridays*. Anteriormente trabajó como asesora en campañas políticas y como abogada defensora de los derechos de los animales. En 2016 ganó el Crazyhorse Fiction Prize por el primer capítulo de *Los secretos que guardamos*, que se ha convertido en un *best seller*, traducido a veintinueve idiomas y que será llevado a la gran pantalla por The Ink Factory y Marc Platt Productions. Vive en Austin, Texas.



«Un *Mad Men* protofeminista inspirado en una apasionante historia real que nos traslada al mundo del espionaje de los años cincuenta.»

—*ENTERTAINMENT WEEKLY*

«Delicioso. Prescott rescata con maestría un capítulo de la historia de la literatura tan fascinante como poco conocido.»

—*KIRKUS*

«Un torbellino narrativo. El talento de Prescott es fascinante y el resultado, desgarrador. Un debut deslumbrante.»

—*BOOKPAGE*

«Un *page-turner* que es, a la vez, un *thriller* de espías, una novela histórica y el relato de un amor verdadero.»

—*THE COLUMBUS DISPATCH*

«Una espléndida novela sostenida por un elenco de secretarias inolvidable.»

—*THE NEW YORK TIMES*

«Una novela que es un placer leer y un secreto que vale la pena compartir.»

—*SAN FRANCISCO CHRONICLE*

«Prescott ha dado forma a una intriga atravesada por la pasión, el espionaje y la propaganda.»

—*THE WALL STREET JOURNAL*

«Una valiente visión posfeminista de la guerra fría, un libro inteligente y enérgico. Un debut brillante.»

—*PUBLISHERS WEEKLY*

ОТЧЕТ

ПО ЭКСПЛУАТАЦИИ

ПАЛНЫХ ЖЕЛЕЗНЫХ Д